Hasta aquí los documentos. Ellos muestran a Barrett frente a la ley. Ni cree en ella ni le teme. No comenta el mal, como filósofo, se va contra él, como militante. El, tan dulce y tan piadoso con el error o la ignorancia de abajo, se torna ante los jueces rudo y amargo.

Gracias a esta actitud saca al obrero Peña de la cárcel. Pero este triunfo no le dicta un elogio de la ley reparadora de una injusticia, sino al contrario, una nueva negación de su capacidad de equidad y una afirmación de su anarquismo. Damos a continuación los párrafos principales de un suelto de *Germinal*, No. 5, en que comenta el hecho:

"La jefatura de policía, con muy buen acuerdo, no ha hecho caso de la resolución del Superior Tribunal y ha puesto en libertad a Jaime Peña. Porque resulta ahora, que no fué el P. E. el que ordenó su prisión. Es decir, que el Superior Tribunal, enfurecido por el escrito de Rafael Barrett, sentenció desatinadamente, mintiendo a sabiendas, y vengándose en Peña y en la verdad, y por lo tanto en la justicia, de la humillación impuesta por el enérgico lenguaje de nuestro director.

... La campaña de *Germinal* ha obtenido pues, el más completo éxito. El mejor fruto de ella es patentizar ante el pueblo cuán despreciables son los príncipes de la toga. He aquí tres funcionarios venerables que se han atrevido a hacer lo que no haría el último empleado del último boliche: decidirse a ciegas, sin un dato. ¡Y qué decisión! La de prolongar el encarcelamiento de un obrero, la de prolongarla *indefinidamente*. ¡Ah! Ese obrero, ¿qué tenía en favor suyo? Nada: la justicia y, además, la ley. Nada: eso no es nada. No tenía dinero ni influencia con que alquilaros, eh! farsantes! No tenía nada!

... Una postrera consecuencia sacaremos de este asunto. El jefe político hizo justicia, ya que no la hicieron los jueces: pues bien, hagan justicia los comisarios, si no la hace el jefe político; háganla los agentes, si no la hacen los comisarios; hágala, en fin, el pueblo si no la hacen los agentes; el pueblo, el único que está en contacto consigo mismo, el único presente a todas las infamias y a todas las injusticias, el que no juzga por el libro, sino por la verdad. Busquemos abajo la justicia; de abajo saldrá, de los que sufren, no de los que gozan, no de los figurones acartonados, manipuladores de códigos, que deslizan entre dos artículos la promesa ministerial o el choque decisivo! Si amáis la justicia, odiad las leyes. Si amáis la justicia, creedla!"

Libre el obrero Peña, queda Barrett arrestado. Pero, como vais a leer, por miedo que se les muera en la cárcel o, quizás, como un tácito repudio al fallo condenador, le dan por prisión su hogar. Desde él escribe este suelto, que puede considerársele inédito, pues que no fué recogido en ninguno de sus libros, y que nosotros copiamos del mismo *Germinal* No. 5. Cosa rara: bien que Barrett, por un pudor explicable, no lo incluyera en su *Dolor paraguayo*, pero cómo es que se les pasó por alto a sus difundidores después de él muerto?... Aquí está Barrett desnudo hasta lo más íntimo; desnudo de todo gesto y coraza; desnuda de carne y huesos. El sondeador de profundidades que era, ha caído aquí tras su sonda y se come un buro con escamadero; pudridero; y a una profundidad aterradora; la de su propia entraña. Vuelto de allí, ahorcando amargura el labio, cuenta qué vió, muestra lo que hay en su fondo, enseña el alma. Aquí hay alma, alma hasta empapar las letras, hasta borrarlas y hacerlas una rosa, que más que leerse, se bebe, se sorbe con los ojos. Los ojos bajo el chorro, ¡y no le vieron!

Tal vez sea porque ninguno, si no ser un anarquista, puede aquilatar la angustia que embarga al hombre sincero cuando ve que, por sí o por no, no alcanza, en definitiva, a ajustar su conducta a su conciencia. Fué el grillete que arrastró Tolstoi, y es el espectro que rompe la carne de este suelto. Algo que sólo podemos comprender nosotros:

TRISTEZAS DE LA LUCHA

El Superior Tribunal me ha condenado a veinte días de arresto. Se conoce — ¡ah! — que tengo demasiados amigos.

¿Es amistad, es lástima porque estoy enfermo, es consideración al periodista, es tácita censura a un fallo antipático?... No lo sé. Lo que sé es que si fuera yo desconocido y miserable, no estaría en mi casa; estaría en la cárcel.

Llueve. Hace frío. Delante de mi puerta han colocado un vigilante que me deja entrar y salir. Una simple fórmula... pero una fórmula de carne y huesos que siente la lluvia y tiembla de frío. ¡Infeliz guerrero!

De pie en mitad de la calle, de plantón seis, ocho horas, él sufre mientras yo descanso al abrigo de la intemperie. A él le han separado de su familia, mientras yo estoy con los míos. El castigado es él y no yo. ¿Por qué?... Porque tiene el cerebro tardo, las manos callosas y los bolsillos limpios. Porque es pobre.

Y yo qué soy?... El caballero andante de los pobres... ¡Ah! El apóstol bien abrigado, bien alimentado, en su cómoda vivienda — el rebelde que se permite el lujo de cantar las verdades a los jueces y que no consigue correr riesgo alguno...; el feliz revolucionario que tiene amigos en la policía y mira desde la ventana al lamentable ejecutor del código, al esclavo con casco, machete y polainas...

¡Cosa más grotescamente triste!

Somos todos mentiras vivientes. De un lado, en el poder, con nuevas ideas, con prejuicios menos estrechos y sentimientos más generosos, dos o tres jóvenes obligados a aceptar las viejas formas sociales y a pasar por traidores a su conciencia; forzados a cometer la doble injusticia del rigor con los unos y del favor con los otros. Y en frente, en la llanura, agitadores de universidad, aristocratizados aunque no queramos por nuestra misma propaganda, nosotros, los libertarios del pulcro estilo, cuello reluciente y corbata bien hecha...

Será peor ser a medias lo que se sueña ser que no ser nada? Tendremos algún día el valor de ir hasta el fin y de maldecir estos dedos pálidos, y la educación que nos dieron y cuanto hay de civilizado y cobarde en nuestras almas? Tendremos el valor de ir a la miseria con los brazos abiertos, y de gritar, como Job, no desde nuestros libros a tanto el tomo, sino desde el estiércol humano fecundador del mundo? Quizá sea tarde; quizá no veamos nunca en los ojos de los que defendemos el relámpago de la divina y fraternal confianza...

Y sin embargo, humillados y a ciegas, no es preciso seguir luchando, y hacernos la ilusión de que nuestra vida no es completamente inútil.

Rafael Barrett.

---

(1) Uno de tantos cuartelazos paraguayos. — Nota nuestra.

NOTAS A ESTE NUMERO DE BARRETT

Confeccionado el número de Barrett, y antes de cerrarlo, queremos decir algunas palabras a los compañeros, para así hacer más comprensible su significación y el alcance que hemos querido darle. Sean estas, pues, a manera de notas.

El 14 de Diciembre se cumplen 16 años de la muerte de Rafael Barrett en Arcachon, Francia, a cuyas hermosas playas había ido en procura de salud para sus ya exhaustos pulmones. Siendo este un motivo suficiente para recordarle y romper así en este aniversario el cerrado silencio que sobre su obra pesa, hemos creído que esta recordación de compañeros hacia Barrett, sencilla y convenidamente humilde, debía tener de nuestra parte el carácter de una página apasionada y reflexivamente militante; es decir, destacar el Barrett nuestro, el de los trabajadores y los rebeldes, por los que escribió sus más bellas páginas, junto a quienes cifró tantas esperanzas y vivió sus mejores días.

Por eso hemos reunido estas páginas extraídas de "Germinal", publicamos la hermosa fotografía donde aparece entre trabajadores paraguayos, obtenida días antes de su partida para Europa, esa carta autógrafa y el volante "Yerbales", donde Barrett aparece nítida y sobriamente anarquista; sin grandes espectáculos, un convencido y un militante como era.

La ida de Pacheco a Paraguay nos ha dado oportunidad de poder reunir, por el desprendimiento de varios compañeros de Asunción, este número que para nosotros tiene toda la justa y firme belleza de las cosas logradas en el pueblo: hacer vivir en estas páginas al Barrett que el amaneramiento de sus escasos biógrafos, de gabinete ignoraban o nos querían ocultar, quizá más lo primero que lo último, porque al Barrett anarquista sólo le han comprendido los obreros paraguayos. Y así esperamos que han de comprenderlo hoy, los compañeros de la Argentina, al leer este número de "La Antorcha".

FILOSOFIA DEL ALTRUISMO

I

El análisis de un caso particular es pretexto excelente para, elevar la idea a una región superior en donde encontremos la clave de todos los problemas análogos. En la polémica sobre Napoleón he cedido gustoso a Casablanca la ventaja de los últimos cañonazos, y habiendo sobrevivido a ellos, aprovecharé la oportunidad de explicar cómo se arraigan mis juicios en un *substratum* filosófico.

No se asuste el que lea: no seré necesariamente árido y pedante. No entiendo la filosofía al estilo profesoral. Creo que todo ser vivo tiene la suya, y tal vez todo cristal y todo átomo. Para mí no se trata de una ciencia, sino de la trayectoria que sigue el centro de gravedad de nuestro espíritu. Claro cuanto más nos instruyamos, menos inhábiles seremos a retratar la marcha de nuestro firmamento interior. Cuanto más rico sea nuestro arsenal de expresión, nuestro catálogo de conceptos, imágenes y voces, menos opacos seremos a la mirada ajena. Estudiemos pues y experimentemos, pero no atribuyamos demasiado alcance a lo que traigamos de fuera. Lo de dentro es lo que importa, y eso no se aprende. Que lo haya y que lo descubramos, he aquí lo esencial; lo demás es accesorio. Los gritos más profundos de la vida han salido de hombres ignorantes. ¡Cuántos de esos gritos sublimes resuenan en nosotros, aún, sin que podamos saber quién los lanzó! Vivimos de los genios anónimos mucho más que de los oficiales. Así nuestra industria y nuestra civilización toda viene del fuego, arrebatado a la naturaleza por un desconocido titán prehistórico, mientras que la inmortalidad de ciertos clásicos no es sino la inmortalidad del pergamino. ¡Oh estupideces que el mármol hizo eternas! El aspecto físico de las cosas es el final de una serie, el término de una degradación. Lo real es invisible, y en cada uno de nosotros hay un mundo secreto.

«Los místicos han sido los exploradores de ese mundo. Algunos se perdieron en él, otros lograron regresar y compusieron infolios y obscuras descripciones de las playas que habían visto. Nuestro lenguaje, fabricado para la acción, bajamente utilitaria, empapado de egoísmo y de lógica, es poco apropiado a traducir lo real. Por eso el misticismo se reduce a una experimentación interna, de seguro la única *positiva*, pero casi siempre inefable. Además, si bien la totalidad de los hombres está en contacto material con lo que les rodea, son muy raros los que estudiaron, siquiera un instante, en contacto consigo mismos. Nos ignoramos: el universo nos ha sido inútil. Llenos de tristeza, entregamos a la muerte nuestras almas intactas.»

Para el que se asomó a los abismos de su propio ser, y sospechó las mejores posibilidades del destino, nada hay tan absurdo y repugnante como el afán común de acumular en exceso las energías exteriores. Aparece aquí la ruin noción de la propiedad: El avaro se figura que posee su oro; el guerrero que posee a sus soldados; el patrono que posee a sus siervos; el ambicioso que posee el honor. ¿Cómo es factible poseer lo que está a la merced del azar? El oro es barro; los soldados y los siervos fantasmas; y el honor mentira. Si no nos poseemos, no poseemos nada, y los que no se poseen se mueren por palpar lo que es imposible poseer. Se posee lo que se es, y en cuanto se da. Para absorver lo externo es forzoso, como en una bomba aspirante, hacer el vacío; la sed de riqueza, de esclavos y de gloria no es más que el signo del vacío espiritual... ¡Qué contraste con la plenitud íntima del justo! "Las delicias, la magnificencia, decía Sócrates a Antifón, he ahí lo que se llama felicidad: en cuanto a mí, estimo que sí solo a la Divinidad pertenece el no tener necesidad de nada, el tener necesidad de poco nos acerca a la Divinidad".

La Divinidad necesita sin embargo entregarse, *trabajar*. Un Dios separado de su creación, ocioso y satisfecho, como el Vaticano lo exige, es algo repulsivo. Un Dios obrero no. "Dios, dice, W. James completando a Sócrates, es lo que hay de más humilde, de más despojado de vida consciente o personal; es el servidor de la humanidad... Confieso libremente que no tengo el menor respeto hacia un Dios que se bastara a sí mismo; cualquier madre que da el pecho a su niño, cualquier perra que dá de mamar a la cría, presenta a mi imaginación un cuento más próximo a mí y más dulce". De nuestro punto de vista, Dios y genio son sinónimos. Todos somos Dioses. Si no lo fuéramos, si no encerráramos, más o menos escondida, una chispa de potencia creadora, no hubiéramos nacido. Todos somos genios; sólo el genio es. En unos duerme; en otros sueña. Nuestro deber consiste en cavar nuestra sustancia hasta hallarlo, para devolverlo después en la obra universal.

II

"El mundo invisible, el mundo secreto que llevamos dentro..." Estas expresiones parecerán poco propias de un estudio filosófico. ¿Se puede hacer una filosofía de metáforas? Si el lector tiene paciencia, verá en otro artículo los motivos que nos inclinan a desconfiar de la lógica en uso, cuando se trata de tocar lo real. La lógica conduce a lo verdadero, más para llegar a lo real es impotente. Lo verdadero es objeto de la ciencia; empleada en la utilidad común, cambia de siglo en siglo. Lo real, objeto de la aventura, se asume una etapa directamente a cada uno de nosotros. Lo verdadero es exterior, lo real interior. De lo verdadero nos servimos; de lo real vivimos, o por mejor decir, lo real es lo que vive. Lo verdadero exige los esfuerzos de nuestra razón, y la razón no es sino una parte de nuestro ser; lo real nos exige por entero. Un dialéctico puro es un mutilado. La humanidad no ha hecho caso a los metafísicos de gabinete, sino a los profetas, metáforas en acción. Hay en una metáfora más alma que en cien teoremas. Lo real no se explica: se siente y se ejecuta.

Pero bajemos a la región de las sensaciones ordenadas por la ciencia —esa ciencia helada y triste cuyo ideal — física matemática — es aplicar un sistema lógico a un conjunto de medidas. Encontraremos en la ciencia actual el rastro del mundo interno invisible, de tal modo es cierto que una porción cualquiera del universo constituye un símbolo de todo lo demás. Los griegos no tenían noticias de América, según he oído: tampoco la tenían de los enormes continentes de nuestro espíritu. Ignoraban las dimensiones del planeta y nuestras propias dimensiones. Para ellos, fuera de la conciencia no había nada. No se alejaron del luminoso círculo, centro de la inteligencia, y por eso lo que construyeron es tan claro, tan elegante, tan evidente, y tan falso. Demostraron rigurosamente muchas mentiras, y Aristóteles, a través de la escolástica, nos empobrece aún.

Somos ahora más humildes. Hemos comprendido que no es posible adivinar, que es preciso callarse y enseñar. Hemos hecho la geografía caminando, y la química ha salido de nuestras manos obreras. La naturaleza contesta siempre cuando se la interroga con angustia, y el objeto físico, es decir, el cadáver de la realidad, se ha entremecido bajo nuestra mirada. En nuestros laboratorios hemos descubierto lo inconsciente; hemos verificado que el lugar donde se fabrican nuestros conceptos, donde nuestros sentimientos se enriquecen y se afinan, donde el carácter se arma y teje la memoria su fantástica tela, es un taller inmenso que mueve sus engranajes en la sombra. Somos secretos para nosotros mismos. Nuestra raza y nuestra descendencia nos habitan sin que las veamos. En las tinieblas de nuestro cerebro se levantan los muertos para apoderarse de los vivos, y los vivos para apoderarse del futuro. La génesis del crimen es inconsciente, y la del genio también. Nuestras ideas, nuestras emociones, nuestros impulsos son una continua sorpresa. Asistimos a su desfile prodigioso sin saber de donde surgen, cabellera de chispas desprendidas de la fragua oculta, y agitadas por el salvaje viento de la noche.

En el paisaje infinito del espíritu, ¿qué es la conciencia? Un punto perdido, la linterna del vagabundo. Débil linterna que pescamos por las encrucijadas del pensamiento y de la voluntad, débil lógica humana, gesto de duda en un instante de pereza, ¡iluminamos la profundidad de los bosques y de los mares! ¿Dónde está el yo, dónde empieza y dónde acaba? Y los otros *yos* que aguardan detrás de la puerta, en la penumbra subconciente o subliminal, ¿cuándo nos invadirán y nos devorarán? ¿Despertaré mañana asesino o santo?

Quizá nuestro *yo* se extiende hasta las estrellas más lejanas. Si mi brazo es *mío*, no es porque lo distingo y lo palpo, sino porque me duele, porque lo experimento de una manera *real*. Donde concluye el cuerpo, ¿concluye el conocimiento real del espacio? Si mi piel fuera transparente, ¿no creería, ante el espectáculo de mis intestinos laboriosos y palpitantes, pero insensibles, que aquel movimiento me es extraño por completo? Un cirujano me anestesia el brazo. ¿Dejó de ser mío? La mujer, estudiada por Charcot siente el pinchazo de un alfiler a un centímetro de la epidermis. ¿La pertenece ese centímetro de almósfera? Y el conocimiento por los sentidos, el conocimiento aparencial, ¿no establece un lazo? Yo veo la estrella inaccesible, y la estrella ¿me ve?

—¡Explicar lo real! Lo real se siente y se ejecuta, no se explica. Yo siento en mí el temblor de los astros; siento en mí abismos capaces de contener los que espantaban a Pascal; siento en mí el mundo invisible y secreto que trabaja; la energía específica y nueva en torno de la cual, por unos momentos, giran las cosas como no habrían girado nunca; siento en mí un total incoherente que necesita mudar de actitud y esperar lo que no ha sucedido todavía; siento en mí algo irresistible que se opone a la estéril repetición del pasado, y que puede romper las barreras del egoísmo para realizar su obra inconfundible. Siento que soy indispensable a un plan desconocido, y que debo entregarme heróicamente. Estoy seguro de que todos los hombres sienten como yo cuando se hace el silencio en sus almas; estoy seguro de que todos, al comenzar a cumplir su noble destino, se reconciliarían con la muerte.

III

Descubrir la energía interior y entregarla para renovar el mundo; he aquí el altruismo. Es la obra de las más profundas corrientes del alma. El que se ha bañado en ellas percibe la superficialidad de la inteligencia pura. Percibe que esa lógica de que tan orgullosos nos mostramos es una fría herramienta, un sentido abstracto, incapaz por sí de crear el espíritu, como los sentidos físicos son incapaces de crear la materia.

Cada vez que el hombre ha intentado elevarse por la razón a una síntesis del universo ha fracasado lamentablemente. Los sistemas metafísicos tienen todos algo de grotesco. Es el contraste entre los medios y el fin, entre la solemne vaciedad de un lenguaje postizo y la realidad intangible que pasa riendo a cien leguas del sabio miope. Los tipos más imponentes de la tontería se encuentran entre los sabios. Pretender explicar lo real es signo de atrofia en la intuición. Triste espectáculo el de un maravilloso talento a obscuras, como un Santo Tomás, un Hegel o un Comte! La vida no se resuelve con silogismos; no es un problema de ajedrez.

—La impotencia de la razón ha sido reconocida siempre por los pensadores razonables. Pascal lo ha dicho mejor que ninguno: "Padecemos una impotencia de probar invencible a todo dogmatismo: tenemos una idea de la verdad invencible a todo pirronismo". De la verdad, es decir, de lo real, de lo real que obliga a la acción fecunda; de lo real que respira y se mueve. La razón será lo que se quiera, menos un motor. Pero no basta declararla imperfecta para lo práctico, e inservible para lo trascendental. Es preciso darnos cuenta de su origen probable, y de la región que habita.

En ciencia, la única verdad que se ha establecido es la verdad física. Tal verdad, que se llama hipótesis, no posee virtud alguna de dominación sobre el tiempo; cambia de siglo en siglo y dentro del siglo. Está supeditada a la aparición del hecho bruto o sea de la sensación. Su papel es pasivo; su objeto bajamente utilitario. Es un instrumento clasificador. Su insustancialidad no ha dejado de ser notada por los profesionales. Para E. Mach, la hipótesis se reduce a una "economía intelectual". Para Poincaré, la verdad es lo que resulta "más cómodo". El análisis moderno desprecia crueimente a la verdad científica de todo contenido real.

—Observemos que la lógica — expresada por medio de las matemáticas — no se aplica sino a lo inorgánico, sin haber conseguido siquiera abrazarlo en su conjunto. La teoría más comprensiva y más reciente, que funda los fenómenos en las leyes electromagnéticas, suprimiendo el átomo material y afirmando el átomo eléctrico, renuncia a incluir en su programa la gravitación universal. La sencilla y clásica ley del buen Newton, la base de la majestuosa astronomía, sigue impenetrable. En cuanto al éter, no pone al borde mismo del principio de contradicción: es imposible representar el elemento capital de nuestra ciencia. Y si abandonamos lo inorgánico, la noche se hace de repente la biología, la psicología son un tosco empirismo zurcido por débiles tendencias: la sociología se forma de conjeturas pueriles. "La inteligencia dice Bergson, está caracterizada por una incomprensión natural de la vida... Nos veríamos muy apurados para citar un descubrimiento biológico debido al razonamiento solo..."

¡Qué interesante es la coincidencia de Poincaré y de Bergson, los dos príncipes de la especulación contemporánea! Para ambos la inteligencia humana es geométrica. Poincaré, en su magnífico estudio sobre el espacio, concluye: "Si no hubiera cuerpos sólidos en la naturaleza no habría geometría". O sea: "si no hubiera cuerpos sólidos, no existiría nuestra lógica". Y Bergson: "Nuestros conceptos han sido formados a imagen de los sólidos... nuestra lógica es sobre todo la lógica de los sólidos... nuestra inteligencia triunfa en la geometría, donde se revela el parentesco del pensamiento lógico con la materia inerte."

Eso es el hombre: un animal que maneja la materia inerte y construye máquinas protectoras. Su inteligencia es de baja extracción; pertenece al exterior, a lo que menos importa. Lo que importa no es impedir que lo exterior nos penetre, sino que lo interior desborde. Lo que importa no es alarmarnos, sino comunicarnos: no encerrarnos, sino abrirnos. Bergson habla de materia inerte. Mejor sería hablar de materia muerta. La inteligencia es una cosa muerta. Bien lo sentimos en los momentos supremos de nuestra emoción y de nuestra voluntad, cuando la pulpa fluída de nuestro ser rompe la helada corteza razonadera y lanza afuera su mágico surtidor de sangre, de lágrimas o de fuego. La inteligencia es una cosa muerta; es un arma del egoísmo. Así las uñas y los dientes están hechos de células muertas. Lo duro, lo que tanto amó Nietzsche, es lo muerto. La vida es ternura. Por eso no la comprendemos si la comprenderemos jamás. La piedra no comprende a la brisa. Medimos las órbitas de los astros, y nos quedamos atónitos ante una flor. No nos comprendemos, puesto que vivimos, pero es igual. Lo esencial no es comprenderse, sino entregarse.

IV

La energía interior, esencialmente nueva, destinada a lanzarse contra lo exterior para renovarlo, es una energía directora. No se la puede comprar con las energías que se manifiestan por los instrumentos de laboratorio y que se anotan en las estadísticas de todo género. No hay aguja que la señale, balanza que la pese ni cifra que la mida. Magnetiza el cosmos sin que los sabios, inclinados sobre sus retortas, se aperciban de ella. Los matemáticos triunfan porque no descubrían el ejército de fórmulas con que se ha aprisionado el espacio; los médicos exultan al declarar que el bisturí no ha tropezado con el espíritu. ¿Qué somos? Azoe, carbono, agua y algunas cosas más. El problema está resuelto. Así, verificando que no falta ninguna pieza en la caja, la ciencia se figura haber jugado la partida. No se explica la realidad sin asesinarla. Entre lo vivo y lo muerto no existe diferencia: esta es la victoria de la filosofía positiva. Tomad el compás: el cadáver no ha cambiado de estatura. Es el mismo. Vivía y vive. Eso no significa nada. Antes vivía con arreglo a la química, y ahora con arreglo a la química idéntica se descompone. La vida es la muerte. ¿Y la conciencia? En verdad que estorba. ¿Qué es la conciencia de una máquina? Pero se trata de un detalle.

Desvariados! De tanto mirar por el vidrio de vuestros microscopios y de